

LA IMPORTANCIA DE LA NORMALIZACIÓN TERMINOLÓGICA EN LA CALIDAD DE LA TRADUCCIÓN CIENTÍFICO-TECNICA

Petra DÍAZ PRIETO
Universidad de León

RESUMEN:

La ciencia sólo puede desarrollarse a través de una constante creación e intercambio de información. Tan pronto como un científico que trabaja en algo desconocido necesita conocer lo que sus colegas están haciendo en el mismo campo, y a la vez comunicarles sus propios resultados necesita de la traducción, ya que ésta es el único medio que le permite transpasar las barreras lingüísticas. La traducción es un proceso complicado, y hacer traducciones, especialmente buenas traducciones, es sin duda difícil. Establecer unos criterios de calidad es algo subjetivo y además esos variarían según el punto de vista que se adopte. Si tenemos en cuenta que el hecho lingüístico más característico del discurso científico-técnico es su vocabulario, su terminología especializada, una definición rigurosa de los términos hará que la traducción sea más fácil. El propósito del lenguaje técnico es lograr la mayor precisión posible en el uso de sus términos. La necesidad de esta precisión y de la transparencia es lo que produce la normalización.

ABSTRACT

Science can develop only through the constant creation and exchange of information. As soon as a scientist wants to know what his colleagues are doing in the same field and to communicate his results to them, he frequently needs translation because it is the only means by which the language barriers can be crossed. Translation is a very complex process and to make good translations is a very difficult task. The assessment of the quality of a translation is a highly subjected matter. It is based on a number of criteria which vary according to the point of view adopted. If we bear in mind that the most significant linguistic feature of the technical discourse is its vocabulary, its specialized terminology, the rigour in definition of the terms helps to make translation more feasible. The aim in technical language is to achieve the highest degree of precision in the use of words. The standardization of scientific and technical terminology arises out of the need to seek accuracy and transparency by means of rigorously defined words.

PALABRAS CLAVE:

Traducción científico-técnica. Calidad de la traducción científico-técnica. Normalización terminológica

Una de las características más notables del tiempo en que vivimos es la universalidad e inmediatez de cualquier fenómeno. Todo hecho importante producido en cualquier punto del mundo tiene su inmediato influjo en el resto. Esta universalidad e inmediatez no solamente son aplicables a los fenómenos sociales, económicos y políticos, sino que todo descubrimiento científico y tecnológico puede alcanzar cualquier punto del planeta gracias a los modernos dispositivos de comunicación de que disponemos. Esto es un hecho nuevo en la historia del hombre. No es que en periodos anteriores a nuestro siglo no haya habido un gran intercambio internacional de conocimientos, sino que éste lo ha sido siempre en magnitud más reducida y a más corta distancia, siendo los intercambios a larga distancia muy limitados. No es exagerado decir que, hoy día, la relación del hombre y su entorno está influenciada por un proceso de permanente comunicación en que, en muchos campos, la información de otros países es casi tan importante como la del propio país. La mayoría de las veces, las barreras lingüísticas son un impedimento para esta comunicación internacional, y este problema sólo podrá solucionarse mediante la traducción, convirtiéndola en una actividad esencial para el desarrollo de la civilización y del progreso humano. Como señala Snell-Hornby:

«in a world that is rapidly growing smaller, international communication across cultures and even between the remotest corners of the earth is gradually being taken for granted, and that includes overcoming language barriers and cultural differences. Without translation the world of today with its rapid exchange of information would be unthinkable» (1988, 131)

La traducción, cuyo objetivo es establecer la comunicación entre miembros de diferentes comunidades lingüísticas, es casi tan vieja como las lenguas, concretamente tan antigua como el contacto de los hablantes de una lengua con los hablantes de otra. Actualmente, la traducción es cada vez más significativa como medio de comunicación internacional. Su desarrollo está favorecido por la circunstancia de que, a pesar de toda la productividad creativa, nuestra era parece ser la de reproducir, inventariar, procesar y comunicar información.

Mientras que la traducción literaria o la bíblica ha dominado hasta bien entrado el siglo XX, la tendencia actual se dirige hacia las traducciones pragmáticas orientadas hacia la información técnica. Como dice el profesor Santoyo: «Si las traducciones literarias han experimentado en el último siglo un crecimiento aritmético, la traducción científica y técnica está conociendo un ascenso geométrico» (1983, 33). La preferencia por este tipo de traducción puede atribuirse a los avances realizados por las ciencias de la naturaleza y la tecnología en los últimos veinticinco años, y a la existencia de grandes organizaciones multinacionales como la FAO, la OMS, o la CEE, que han impulsado notablemente la necesidad de intercomunicación lingüística. Actividad que ha dado lugar a que, nunca hasta ahora, haya existido tal acumulación de material científico-técnico transmitido de una lengua a otra.

La ciencia sólo puede desarrollarse a través de una constante creación e intercambio de información. El científico que trabaja sobre algo desconocido necesita saber lo que sus colegas están haciendo en el mismo campo, y a la vez comunicarles sus propios resultados. Tan pronto como el científico busque información sobre los progresos realizados en otros países topa con las barreras lingüísticas que en la mayoría de los casos le impiden comprender esa información, y solo podrá solucionar ese problema mediante la traducción, aunque idealmente el científico de hoy en día debería ser un políglota suficientemente hábil para poder leer trabajos sobre su materia en unas cuantas lenguas:

«Every research scientist must be able to read papers on his subject in half a dozen languages, for abstracts are useful only as signposts to the paper he ought to read and translations are much too expensive» (Ashby 1952, 437-438).

No todos los interesados en las distintas ramas de la ciencia y la técnica han tenido o tienen los conocimientos lingüísticos necesarios para poder leer en la lengua original cualquier trabajo que sobre ella se haya realizado. La necesidad de libros científicos en la lengua del lector han hecho de la traducción una actividad fundamental en nuestra sociedad.

La traducción es un proceso complicado, y hacer traducciones, especialmente buenas traducciones, es sin duda difícil si damos crédito a las palabras de Mounin: «Tous les arguments contre la traduction se résument en un seul: elle n'est pas l'original» (1955, 7); aunque, como afirma Foster, no es una tarea imposible:

«In cases where the purpose of the text is simply to convey definitive information, and where the autor has expressed himself with clarity, it is quite possible to produce a perfect translation, that is to say one which fulfills the same purpose in the new language as the original did in the language in which it was written, not a mere approximation to that purpose» (1958, 6).

Al igual que no hay ningún manual que explique a un escritor cómo escribir una novela, tampoco existe ninguno que dé las pautas a seguir para lograr una traducción perfecta. Sin embargo, un traductor interesado en la traducción puede ofrecer una adecuada, y a veces brillante traducción, ya que encontrará en la lengua a la que está vertiendo las locuciones y términos correspondientes al original, incluso cuando entre las dos lenguas haya divergencias radicales de concepto, o cuando, como sucede a veces, el traductor se enfrenta a conceptos que no existen en la cultura de la otra lengua. La habilidad, la maestría del traductor y la calidad de la traducción radican en la capacidad de sobrepasar la barrera lingüística, que no es más que la expresión de las diferencias del entorno, de la mentalidad y el desarrollo cultural e histórico de los grupos humanos a los que cada lengua pertenece.

Una traducción se considera buena cuando produce el mismo efecto que produciría el original, es decir, reiterar los mismos conceptos en la lengua

a la que se está vertiendo, y por lo tanto obtener con el texto traducido la misma sensación que con el texto original. El receptor no lo reconoce como una traducción, sino como un texto escrito en la lengua meta para su información o deleite. La diferencia entre los requerimientos para establecer unos criterios de calidad dependerá, de acuerdo con su naturaleza, de que la traducción sea literaria o de un texto científico-técnico, pero en ambos casos la calidad vendrá determinada por el efecto que se busca producir.

Los textos literarios ofrecen al traductor la libre elección dentro de una amplia gama de soluciones, pero, a la vez son mucho más exigentes desde el punto de vista del conocimiento y la inspiración. La calidad dependerá de la capacidad artística del traductor, al igual que de su buen conocimiento tanto de la cultura de la que traduce como a la que traduce.

La traducción científico-técnica está, en contra de la literaria, circunscrita por los límites del campo objeto de estudio y por su lenguaje especializado, que requieren del traductor un buen conocimiento de la materia, además del de la lengua. Pero el traductor no siempre es necesariamente un experto en la materia. Si lo fuera y, además estuviera dotado de una facilidad para traducir, una adecuada cultura general, con la ayuda de su dominio de las dos lenguas, un apropiado material de referencia y consulta y el asesoramiento de expertos, podría lograr un nivel de calidad óptimo. Su traducción sería precisa, clara y natural.

Como acabamos de apuntar, la traducción científico-técnica está limitada por su lenguaje especializado, por lo que su calidad viene dada, en gran parte, por la forma con que se usa la terminología, y por el reconocimiento (tanto en la lengua original como en la traducida) de la relación entre concepto y tipos de denominación. El Dr. Wüster, que ha estudiado este tema durante 30 años afirma:

«Translation implies substituting a syntactic structure in one language by a syntactic structure in another language carrying the same meaning. Thus, the invariant in the translation process is the aggregate meaning of an aggregate syntactic structure. A translation gains in quality the more of the total meaning of the syntactic structures of the original is retained in the translation, i.e. the less meaning is subjected to variations» (1969, 155).

La normalización terminológica es de vital importancia para la traducción científico tecnológica, ya que nos permite apreciar la calidad del trabajo hecho de acuerdo con reglas precisas y exactas. Sin embargo, normalizar la terminología no representa ninguna salvaguardia contra la mala interpretación del texto original.

La necesidad de una estandarización terminológica surgió por vez primera entre los años 1930 y 1940. Esta necesidad fue presentada por especialistas en terminología ya de forma individualizada (como Ernest Dresen o Lotte en la URSS o Eugene Wüster en Austria) o en grupos (Comisión Internacional de la Electrónica, Comisión para la reforma de la

nomenclatura de la química orgánica). A ellos se debe la definición del concepto de normalización terminológica y los mecanismos para su aplicación. Actualmente, el Comité Técnico 37 de ISO (Organización Internacional de Normalización) es el encargado de la normalización terminológica.

El sistema del lenguaje es, sobre todo, un compromiso entre la necesidad de normalización y fijación por un lado, y la tendencia a la innovación por otro.

En el lenguaje ordinario hay una tendencia natural a la normalización, ya que, si sus unidades léxicas y reglas combinatorias no fueran de alguna manera estables, no podríamos hablar unos con otros ni entendernos. Es decir, la relación entre la unidad léxica y el significado no debe variar demasiado o, de lo contrario, sería imposible tal comunicación. Por otro lado, si los hablantes de una lengua fueran muy conformistas y el grado de normalización muy grande, perdería su flexibilidad y viveza y gradualmente se fosilizaría. Además, el lenguaje ordinario está cargado de presunciones, predisposiciones y prejuicios que le dan vaguedad y contribuyen a esa flexibilidad. Es fácil de manipular y prefiere lo más conveniente incluso a costa de la precisión. Todo lo anteriormente expuesto queda resumido en las palabras de Hartmann: «Languages are not rigid containers, but interpenetrable systems open to change and standardisation» (1989, 18)

Aunque la terminología no es el único elemento importante en las traducciones científico-técnicas («la lengua no es un saco de palabras» (Vazquez Ayora 1977, 260) al que se recurre de forma independiente de la situación del contexto), sin embargo, es de vital importancia ya que la imprecisión y la vaguedad suponen un riesgo. Hay que mantener los significados libres de toda presunción, predisposición y prejuicio. La forma de lograrlo es mediante la normalización terminológica.

La terminología de una ciencia es parte de su método, de su proceso. El propósito del lenguaje técnico es lograr la mayor precisión posible. Las palabras deben usarse como un instrumento que hay que mejorar para que sea cada vez más eficaz. Ortega y Gasset la definía como «palabras cristalizadas, rígidas, de silueta expresiva tan inequívoca, que son ellas mismas como cosas» (1946, 105). Podemos hablar de una mejora en la calidad de la traducción sólo cuando se tiene documentación terminológica de normalización satisfactoria y aceptada.

La normalización de la terminología técnica nace, por tanto, de la necesidad que tienen los científicos y técnicos de denominar los nuevos productos y conceptos resultantes del rápido desarrollo de la ciencia y la técnica, y de la obligación de establecer una comunicación unívoca en sus campos. El fin de la normalización concebido en este sentido, es, para los especialistas, el intercambio de conocimientos. La terminología, entendida como disciplina y como práctica, debe permitir una interconexión entre los especialistas de una misma materia (hablen o no la misma lengua) y el intercambio de conocimientos sin ambigüedad. La normalización debe de entenderse: a) como un medio al servicio de una comunicación eficaz; b) un

medio de crear un consenso terminológico, especialmente en el caso en que el uso sea múltiple o se busque una mayor unidad; c) un medio de modernizar la terminología en función de los cambios tecnológicos, administrativos o culturales; y d) un medio de disminuir la inseguridad lingüística causada por los procesos de cambios lingüísticos.

A la pregunta ¿qué es la normalización terminológica? podríamos contestar diciendo que es la integración de una palabra o expresión, adecuadamente definida, como miembro de un sistema terminológico. Según ISO la definición de la normalización es: «officialisation d'une terminologie par un organisme qui fait autorité» (ISO, 1989). Sin embargo, en muchos casos la normalización se realiza por otros caminos diferentes de los oficiales debido a la importancia y el volumen de las prácticas de normalización, que superan frecuentemente la estandarización oficial. Encontramos, así, tres tipos de normalización (Rousseau, 1991).

El primero es la normalización técnica, cuya incidencia terminológica es a veces bastante considerable, y que sería imposible sin una normalización nocional, que ocasiona, a su vez, una normalización terminológica. Un ejemplo sería el uso terminológico particular originado por una norma técnica. Esta clase de normalización se efectúa por organismos oficiales como American Standards Institution (A.S.I.), Deutschen Normung Gsausschuss (DNA), British Standards Institution (BSI), Asociación Española de Normalización (AENOR). La importancia de los trabajos realizados por estas instituciones está fuera de toda duda.

El segundo tipo sería la normalización terminológica que se efectúa a través de textos oficiales (leyes, reglamentos, decretos, circulares, etc.). El discurso jurídico crea realidades, limita las nociones y las denomina, originando de esta forma un término. A fuerza de usar un término para designar una noción, el legislador impone un uso terminológico que utilizará parte de la administración, e incluso, el administrado.

El tercer tipo es aquél que se lleva a cabo dentro de cuerpos profesionales. Es muy corriente que la tarea de normalización de la terminología se emprenda por asociaciones de representantes de las correspondientes disciplinas y casi siempre con una base internacional para armonizar y paliar el caos existente. Así, a fin de organizar el desorden existente en la terminología médica The Council for International Organizations of Medical Science, bajo los auspicios de la UNESCO y la Organización Mundial de la Salud, creó un grupo internacional de trabajo para la estandarización de su propia terminología. Muchas otras organizaciones profesionales se han ocupado de la terminología, incluyendo la International Commission and the Conference International de Poids et des Mesures. La normalización de la terminología está muy unida a la de las unidades y a las comisiones de tipo nacional de los países interesados en ella.

Un término siempre está asociado a un concepto preferentemente específico. Este concepto tiene un significado fijo, abstracto y general. Sólo las características que se consideran importantes se conservan en el

significado, las otras se abandonan. El significado que se busca es denotativo y cuando una palabra con significado designativo se transforma en término perderá este significado y sólo quedará lo referente al concepto:

«as words or expressions come to be deemed terms by virtue of their designating a specific concept, the correct delimitation of the concept itself is a necessary precondition for the identification of the corresponding term» (Cole, 1991, 18).

Los elementos estéticos y emotivos suponen un obstáculo para la creación de términos. Idealmente, la creación del término sigue a la formación del concepto. Así, Faraday creó una nueva terminología para la electricidad, ya que la antigua implicaba ideas que él había refutado. La práctica es lo que ha llevado a Eugen Wüster, una de las autoridades más importantes en materia de normalización, a establecer como principio fundamental de la estandarización de un vocabulario científico-técnico el hecho de que las definiciones deben tratarse antes que los términos. No siempre fue así. Antes de la Segunda Guerra Mundial la ISA, partiendo de la experiencia lingüística tradicional, fijaba primero los términos para definirlos posteriormente, delimitando las nociones. En 1953, la ISO adoptó el procedimiento inverso: ir desde las nociones a las definiciones y desde las definiciones a los términos, es decir: reconocer que la unidad lingüística más apropiada para el contraste de los términos en lenguas diferentes es la colección de características que descubren la noción correspondiente: la definición.

Así pues, la definición juega un importante papel en la constitución de un término.

«A technical term replaces long phrases, or even a complicated discourse, and its meaning is fixed by an agreement of definition, which, in science, receives explicit formulation and strict adherence» (Bloomfield 1939, 260).

Un término previamente definido, evita a veces perífrasis o explicaciones innecesarias que se puede expresar con un sólo término. Para definir un concepto (Cole 1991, 18-19) y darle un nombre se deben demarcar primeramente sus límites, distinguirlo y separarlo de los conceptos asociados a él. Como ya expresaba Mounin «es imposible estandarizar los términos de una manera apropiada, si previa y simultáneamente no se han reducido a sistema todas las nociones emparentadas» (1977, 155-156). Se hará un proceso de definición que seleccionará sólo las características relevantes en un campo específico y eliminará todas las demás. Queda, entonces, un concepto preciso, perfectamente definido y aceptado prácticamente por toda la comunidad de expertos en el campo científico-técnico al que pertenece. En palabras de Kapp:

«Each concept has been carefully isolated from neighbouring ones: the concept of acceleration from those of movement and velocity. Each of these has been given harder, clearer outlines than any concept in humanistic studies could ever achieve. Each has been

defined in such a way as to preserve its uniqueness» (1964-1965, 341).

El rigor de la definición del concepto supone, entre otras cosas, una ayuda para hacer la traducción más factible. Existe una tendencia a la abstracción cada vez mayor, sobre todo en las ciencias más antiguas, que hace difícil la tarea del traductor. Por ejemplo, en física, los principales conceptos se han reformado y se ha logrado la unificación en un plano teórico. Esto ha producido un lenguaje más difícil de entender que el de la física clásica:

«Today modern physics has completely passed from the realm of ordinary language into a mathematical symbolism often incomprehensible even to the physicist who is not an expert in the field of the particular theory described» (Hutten 1965: 74).

Cuando un término deja su sistema terminológico pierde su carácter de término. Si entra en otro sistema, adquiere, una nueva denotación. La transmisión de términos de un sistema a otro es un proceso continuo. Esto es una constante universal debido a una economía lingüística, que es la causa general y remota de la polisemia funcional y que puede incluso, ser interdisciplinar. Este es el caso del término plasma, que puede usarse, con distintas connotaciones, en Biología, Fisiología y Física; o histéresis, que se emplea tanto en Ingeniería Electrónica como en Química Coloidal.

Por todo lo anteriormente dicho, la normalización facilita la traducción. Campos donde la terminología está en expansión, o mal o poco organizada, producen inevitables dificultades para la versión.

BIBLIOGRAFIA

- Ashby, E. 1952. «Scientific Russians» en *Research*, 5,9. Londres: Brutterworth's Publications Ltd.
- Bloomfield, Leonard. 1939. «Linguistic Aspects of Science» en *International Encyclopaedia of Unified Science*. Chicago.
- Cole, Wayne D. 1991. «Descriptive Terminology: Some Theoretical Implications» en *Meta*, vol.36, nº 1.
- Forster, Leonard. 1958. *Translation: an introduction*. Londres: A.H. Smith.
- Hartmann, Reinhard. 1989. «Lexicography, Translation and the So-called Language Barrier» en M. Snell-Hornby (ed.) *Translation and Lexicography*. Innsbruck: John Benjamins Publishing Company.
- Hutten, E.H. 1965. *The Language of Modern Physics*. Londres. ISO 1807. 1989. *Vocabulaire de la Terminologie*.
- Kapp, P.O. 1964-1965. «The Logic and Psychology of Science» en *British Journal for Philosophy of Science*, XV.
- Mounin, Georges. 1955. *Le Belles Infideles*. Paris: Cahiers du Sud.
- Mounin, Georges. 1977. *Los Problemas Teóricos de la Traducción*. Madrid: Editorial Gredos.
- Ortega y Gasset, José. 1946. *Obras Completas*. Madrid: Aldaus.
- Rousseau, Louis Jean. 1991. «La Práctique Québécoise de la Normalisation Terminologique» en *Meta*, vol. 36, nº 1.
- Santoyo, Julio Cesar. 1983. *La Cultura Traducida*. León: Universidad de León.
- Snell-Hornby, Mary. 1986. «Übersetzen, Sprache, Kultur» en M. Snell-Hornby (ed.) *Übersetzungswissenschaft-Eine Neurorientierung*. Tübingen: Francke.
- Vázquez-Ayora, Gerardo. 1977. *Introducción a la Traductología*. Washington: Georgetown University Press.
- Wüster, Eugen. 1959. «La Normalisation du Langage Technique, Problèmes et État Actuel» en *Revue de Documentation*, vol XXVI nº 2.